

**LA EXPANSION DE LA RSBAP
POR AMERICA**

Jesús Astigarra Goenaga

Universidad de Deusto

Aunque normalmente el tema de la expansión de la Sociedad Bascongada por América haya sido poco aireado, no por ello ha constituido un episodio olvidado por los estudiosos de la institución. Ya a finales del siglo pasado había reclamado la atención de dos de los principales responsables de que el interés perdido por la institución vasca volviera a recuperarse: Nicolás de Soraluce y Julián de Pastor Rodríguez¹.

Desde esas fechas, el estudio del fenómeno ha facilitado valoraciones diversas. Habitualmente, ha permitido destacar la capacidad de convocatoria e influencia de la Bascongada. En otras ocasiones, se ha intentado entroncarlo, con una facilidad quizá excesiva, en el terreno comprometido de la responsabilidad que cabe atribuir a los Amigos del País en lo que Ramón de Basterra llamó la «efervescencia gaseosa de las nuevas ideas» en tierras americanas, algo que fue inmediatamente discutido por Julio de Urquijo². No siempre, sin embargo, se ha abordado con detenimiento el examen de las razones que pudieron inclinar a la Bascongada a promover tal expansión. Este breve trabajo tiene como objetivo precisamente contextualizar estos acontecimientos en la historia de los Amigos del País, pretendiendo mostrar que tal ampliación cumplió una finalidad muy específica.

Ya los primeros datos ofrecidos por Soraluce daban a entender que la presencia de socios en las colonias tuvo una escala considerable, tanto en términos geográficos, como en lo que supuso como contribución a la financiación de la Bascongada. No dejó, pues, de ser un fenómeno sorprendente, por emplear la expresión de Antonio Elorza³. También fue singular. Entre las sociedades económicas fue poco habitual promover una apertura del marco geográfico de influencia de semejantes proporciones. Según Robert J. Shafer, estas instituciones tuvieron conexiones con el mundo de los negocios americanos y algunas de ellas, como la Matritense, contaron con socios en Indias; pero «probablemente ninguna... tuvo tantos socios allí» como la Bascongada⁴.

Así pues, este episodio permite reforzar la originalidad de la institución ilustrada vasca. A su vez, no constituye sino un reflejo más del proceso de continuidad y complejidad que el movimiento de las «luces» experimenta en el País Vasco. A medida que transcurrió la centuria, éste fue ganando en madurez, asumiendo responsabilidades superiores y creando estructuras organizativas más ambiciosas, que capacitaron a los ilustrados vascos a intervenir en ámbitos de influencia, en términos territoriales y temáticos, cada vez mayores⁵.

La fisonomía que poseían los núcleos ilustrados vascos permite hallar una primera explicación, al menos parcial, de este fenómeno. No debe olvidarse que el mundo de las relaciones y de las ideas de los sectores nobiliarios que promueven la Bascongada era muy amplio. Las estructuras de sus familias y de sus negocios se amoldaban también a un marco de referencia más extenso que el propio País Vasco. En estas coordenadas la demanda de ampliación de los horizontes y de los contactos culturales propia de los hombres de la Ilustración podía ser satisfecha de una manera relativamente más sencilla.

94 La expansión puede entenderse también aludiendo a algunas líneas programáticas de los Amigos del País. Conviene destacar, en este sentido, el aspecto relativo a sus esfuerzos por homogeneizar y dotar de una cierta lógica y coherencia interna a un mundo vasco disperso y escasamente organizado, cuya presencia, sin embargo, se manifestó a lo largo de la centuria de la Ilustración en escenarios e instituciones diversos y, en algunos casos, con un éxito ciertamente notorio.

Sin embargo, ambos aspectos aparecen mitigados por el hecho de que la Bascongada fue concebida principalmente para desarrollar una estrategia de acercamiento en los ámbitos económico y cultural entre las tres provincias vascas. Fue dirigida a «estrechar más la unión de las tres provincias vascongadas de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa», tal como explicitan sus estatutos⁶. Resulta normal que su labor reformadora se ciñera principalmente a ese marco geográfico, que su organización interna y su estructura de relaciones se pusieran al servicio de esa tarea y, finalmente, que sus esfuerzos dirigidos a introducir ciertos elementos de cohesión en el mundo vasco no pusieran en cuestión la centralidad de este objetivo. No parece, por ello, que la expansión hacia América constituyera, al comienzo de la aventura de los Amigos del País, una finalidad prioritaria, ni tan siquiera pretendida, por los promotores de la institución. Al menos, ningún rastro de este interés puede encontrarse en los distintos estatutos que éstos redactaron entre 1765 y 1772.

El impulso para la presencia de los Amigos del País en América nació forzado por los acontecimientos; fue primordialmente de carácter económico. Para la comprensión del fenómeno se ha de considerar la importancia que la promoción y la reforma de la economía vasca tuvo como fuerza rectora de las actividades de sus Comisiones en una primera etapa, hasta 1780, aproximadamente.

Esta reforma pretendía incidir en todos los sectores de la economía y en las distintas zonas geográficas del País Vasco con la finalidad puesta en la formación de un mercado vasco unificado. Era compleja y global, y, por ello, muy costosa en términos económicos. Las implicaciones que de ella se derivaban en la renovación tecnológica y científica la convertían en más gravosa aún. Dado que en sus comienzos poseía un carácter autónomo y privado —a la espera del resultado de las conversaciones con el gobierno ilustrado y las instituciones forales—, no resulta extraño que sus responsables estudiaran la manera de convertirla en un foco de destino para los capitales foráneos.

Precisamente, una pieza clave de esta reforma económica, y en concreto de la política industrial, fue un programa de industrialización «hacia fuera» basado en un sector de exportación de productos manufacturados procedentes de la siderurgia. La materialización con éxito del mismo exigía centrar una parte importante de los esfuerzos en la apertura de mercados para el hierro vasco. No resulta extraño que los Amigos del País volvieran entonces los ojos hacia América, un destino tradicional de la emigración vasca, donde existían intereses económicos muy marcados, centrados en torno a la siderurgia y al comercio colonial, y, por estos motivos, estructuras organizativas ya con-

solidadas. De hecho, el fortalecimiento de la presencia de los productos vascos en este Continente constituyó un objetivo prioritario de la política comercial de la institución.

En un plano convergente desempeñaba, finalmente, el papel de las remesas de los emigrantes en Indias como partidas compensadoras del sector exterior vasco. A tenor de los comentarios del marqués de Narros, éste poseía un grado de apertura relativamente elevado y una estructura muy concreta.

El núcleo de las exportaciones procedía únicamente del sector siderúrgico, que, sin embargo, tan sólo lograba compensar una parte muy reducida de las importaciones de bienes y mercancías. Estas se concentraban, sobre todo, en los ramos del textil, las materias primas y los alimentos. Narros explicitaba que la cobertura alcanzaba únicamente a los pagos por el cacao y el vino importados, y

«consiguientemente, el grano, carnes, aceite, azúcar y otros bastimentos, como los géneros para vestuario, etc., quedan en deuda»⁷.

La balanza de pagos se equilibraba parcialmente gracias al comercio de comisión, las transferencias privadas de los emigrantes americanos y, finalmente, los préstamos y las inversiones que estos mismos sectores realizaban en el País (destinados a obras privadas y, sobre todo, a inversiones de carácter religioso, en obras pías y fundaciones). El peso compensador de estas partidas fue subrayado por Narros en los términos siguientes:

«... sin los caudales que varias comunidades y particulares residentes en el País traen de otras partes donde perciben sus rentas y los consumen aquí, las remesas que llegan de Indias y lo que deja el comercio de comisión en Bilbao, Vitoria y San Sebastián, no podrían subsistir absolutamente estas tres Provincias sin que se disminuyese considerablemente su población»⁸.

En definitiva, el País Vasco importaba alimentos, materias primas, productos elaborados (textil, sobre todo) y tecnología, y exportaba productos en bruto y semielaborados de la siderurgia al sector privado y a la administración pública del Estado. El déficit crónico de la balanza comercial era cubierto de manera parcial gracias a los saldos positivos que se alcanzaban en la balanza de servicios —por los servicios prestados en concepto de transporte comercial y a pesar del déficit de la balanza tecnológica—, en la de transferencias —fruto de las transferencias privadas de emigrantes— y en la de capitales a largo plazo —debido a los créditos e inversiones que el mismo sector privado de emigrantes o el sector público de la administración del Estado realizaban en el País Vasco—. Sin embargo, todo ello no era suficiente para alcanzar una balanza básica superavitaria, por lo que la economía vasca se endeudaba permanentemente con el exterior. Así pues, los Amigos del País no podían permanecer indiferentes ante la posibilidad de mantener, y si fuera posible incrementar, los flujos financieros que procedían periódicamente de América.

Aunque la necesidad de contar con fondos para promover la reforma

96 económica, la obligada labor de ampliación de los mercados y el papel compensador de las remesas de emigrantes constituyeran buenas razones para estrechar las relaciones con las colonias de vasco-americanos, lo cierto es que el impulso definitivo a la expansión de los Amigos del País lo generó una problemática distinta. Fue alimentado, en concreto, por el fracaso de las conversaciones que a finales de la década de los años sesenta éstos entablaron con la administración central en la búsqueda de apoyos económicos o morales (bajo la forma de ciertos signos honoríficos que distinguieran a su institución).

El éxito social con que había sido acogido su proyecto atemperó la urgencia de alcanzar alguna solución estable al problema de la financiación e invitó a la dirección a promover una apertura definitiva, en términos geográficos y sociales, de la institución. Todavía a comienzos de 1770, cinco años después de su fundación, Peñaflores valoraba que ésta «más tiene de fantasma que de cuerpo»; entendía que la solución pasaba por «aumentar el número de los contribuyentes, para que se puedan juntar los fondos necesarios, sin que esto desmerezca en su estimación el Cuerpo de la Sociedad»⁹. Las juntas generales celebradas en setiembre de ese mismo año animaron a los socios a comenzar a andar por ese camino; aprobaron la realización de una reedición extractada de los estatutos de 1766 con el objetivo de reclutar el mayor número posible de particulares. A partir de ese momento, las aportaciones de éstos se convirtieron en el termómetro que midió la salud económica del cuerpo. La edición tuvo un carácter eminentemente propagandístico. Con ella se pretendía dar respuesta a la demanda de información, tal y como pone en evidencia su «Advertencia preliminar»:

«En las provincias más retiradas del Reino se sabe ya que hay una Sociedad Bascongada; pero el concepto que se tiene en todas partes de su instituto y ejercicio es muy vago. Algunos han creído ligeramente que para ser Amigo del País es necesario tener al menos las apariencias de sabio; otros, que se contrae la obligación de sufrir gastos excesivos, y estas dos siniestras impresiones, fomentadas por los émulos, que no han faltado a la Sociedad, como a toda novedad útil, sirvieron algún tiempo de grande estorbo a sus progresos».

«...la Sociedad experimenta cada día sus favorables efectos (de los vascongados), ya en los muchos que han solicitado participar de sus tareas, ya en las noticias con que se halla de que en varias ciudades del Reino, y, singularmente, en la Corte, Andalucía y América, son en gran número los que desean con ansia tener individual razón de los fines que se propone la Sociedad...»¹⁰.

Así pues, la expansión de la Bascongada por América comenzó a gestarse a comienzos de los años setenta¹¹. El episodio constituyó, sin duda alguna, una de las principales fuerzas motrices del crecimiento sostenido que el número de socios experimentó hasta bien entrada la década posterior, aproximadamente. Significó, igualmente, un punto de inflexión con respecto a la fase de crecimiento precedente. A pesar de ser continuo, éste siguió ritmos desiguales. En una primera etapa, comprendida entre 1765 y 1771, fue pausado y tuvo como escenario principal el País Vasco. La expansión por América se produjo du-

rante la segunda, que perduró hasta mediados los años ochenta y estuvo caracterizada por la diversificación geográfica de los asociados y los fuertes ritmos de crecimiento (141 socios en 1771; 489, en 1773; 868, en 1777 y 1.272, en 1784). Finalmente, la última fase se cubrió durante la última década de vida de la institución y fue de estabilización a un alto nivel (entre 1.200 y 1.300 socios, aproximadamente).

La ampliación de la Bascongada por tierras americanas siguió un curso paralelo a la que tuvo lugar en la Península, aunque, debido a su amplitud, fue más espectacular. Estuvo caracterizada por las adhesiones masivas y muy localizadas en el tiempo y en el espacio. Ya desde 1771, la institución se había visto obligada a delegar su poder en particulares en México que, en poco tiempo, se convirtió en el centro más poderoso de cuantos logró edificar en el Continente. 1773 fue la fecha clave para ello. Para agosto de ese año, los Amigos del País habían conseguido reclutar 171 nuevos socios. Ese mismo año, la Sociedad logró institucionalizarse en La Habana, aunque con un número mucho menor de miembros¹². Así pues, tal y como Peñaflores reconoció en febrero de 1774, el problema de la financiación de la Sociedad ya había comenzado a encontrar alguna vía de solución, gracias «al celo de los países dispersos por España y las Américas»¹³.

Durante los años finales de la década, los Amigos del País se establecieron en Perú, especialmente en Lima, ciudad donde existían comisionados de la Sociedad ya desde 1773 y los Amigos del País habían venido creciendo desde esa fecha con lentitud. Tras las adhesiones masivas de 1783, este territorio se convirtió en el segundo lugar en importancia, si tomamos siempre como criterio el del número de socios. La acogida de miembros americanos en cantidades significativas prosiguió hasta 1785, aproximadamente. Aunque México, Perú (Lima) y Cuba (La Habana) constituyeron los centros fundamentales de la expansión, los residentes de la Sociedad en América se extendieron a lo largo de gran parte del continente; además de los lugares ya señalados, cabría destacar, entre los más importantes: Buenos Aires-Tucumán, Santo Domingo, Chile, Montevideo, Caracas, Guatemala, Santa Fe de Bogotá, Nicaragua y La Paz.

No resulta sencillo dar una explicación de los factores que facilitaron esta destacada y rápida ampliación del marco de influencia de la Bascongada.

Por un lado, no parece casual que tuviera lugar poco tiempo después de la creación de las Comisiones en la Corte y del establecimiento de las secciones de los Amigos del País en Cádiz y Sevilla, las ciudades que constituyeron junto con Pamplona las Cajas de Correspondencia de la Bascongada en la Península. El carácter de centralidad del aparato administrativo y del sector público empresarial del Estado que tuvo Madrid y del tráfico comercial con América que poseyeron las dos ciudades andaluzas invita a pensar que este asentamiento, más bien, la propició¹⁴.

Las escasas obligaciones que los miembros americanos contraían al asociarse en la institución, como la gran mayoría de cuantos lo hicieron

fuera del País Vasco, debió constituir otro factor positivo. Casi todos ellos figuraron como miembros beneméritos, por lo que, a cambio de mantenerles informados y de enviarles las publicaciones anuales, la Bascongada obtuvo de ellos el compromiso de «fomentar el instituto de la Sociedad» y de cumplir con sus obligaciones contributivas¹⁵. Además, también en las colonias fue capaz de recoger el apoyo público de ciertas personalidades de prestigio reconocido, de tal manera que el «efecto demostración» de las clases «ilustradas» jugó también a favor de las intenciones ampliadoras. La protección que obtuvo de los virreyes de Nueva España, Antonio María de Bucareli y Ursúa—cuyo mandato (1771-79) coincidió, precisamente, con la fase de reclutamiento más intensa en ese territorio—, y de Perú, Manuel de Guirior, constituyeron los ejemplos más llamativos de este fenómeno.

No obstante, el elemento decisivo fue la capacidad de los Amigos del País de adecuar a esa finalidad expansiva la red de relaciones familiares y, sobre todo, la estructura institucional que ya existía previamente en el País Vasco. En este sentido, cabe considerar este esfuerzo difusor como una tarea de responsabilidad compartida.

Ambos factores pudieron ser aprovechados gracias al carácter integrador de que hizo gala la Bascongada. Este es visible, entre otras cuestiones, en los grupos sociales que la apoyaron y en la ejecución de ciertas actividades conjuntas con otras instituciones que poseían sus propios programas de desarrollo. Así, para materializar la expansión, hubo de resultar de extraordinaria importancia el trabajo que desarrolló hasta 1782, aproximadamente, junto a las principales instituciones comerciales del País Vasco, los Consulados de Comercio de Bilbao y San Sebastián, cuyo grado de penetración comercial en el continente americano era muy importante.

El papel de la Compañía de Caracas fue, sin embargo, distinto. A finales de 1773, Peñaflorida, a la vista del espectacular reclutamiento ocurrido en México a lo largo de ese año, confió en la posibilidad de convertir Venezuela en el segundo enclave transatlántico¹⁶.

Pero ello no ocurrió, quizá debido a que la incipiente colaboración entre ambas instituciones se diluyó en 1776, aproximadamente. A la larga, este territorio tuvo un peso relativo muy marginal en la expansión.

El papel representado por las congregaciones y cofradías de vasconavarros hubo de ser decisivo. En última instancia, el proceso ampliatorio no puede ser explicado sin aludir al fenómeno del asociacionismo vasco. Las piezas clave de esta estrategia conjunta fueron la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu de México (1682), en torno a la cual se organizaron las comunidades vasca y navarra en ese territorio, y la Congregación de San Ignacio de Loyola de Madrid (1713), lugar de encuentro de oriundos de las tres provincias.

La cadena que la Bascongada estableció principalmente con la Congregación de San Ignacio de Loyola debió de funcionar bien y con rapidez. Al amparo de los intereses del capital vasco en Madrid fue

fraguándose un importante núcleo de presión, integrado por comerciantes e industriales, altos cargos de la administración del Estado y funcionarios vinculados a la empresa pública, que gozó de una influencia y una prosperidad económica crecientes a lo largo del siglo XVIII. El cronista de la Congregación sitúa en la década de los años cuarenta el inicio del «período de mayor esplendor y prosperidad que llegó a alcanzar esta Congregación, y no fueron muchos los años que tardó en llegar a su apogeo»¹⁷.

Ambas instituciones mantenían un alto grado de sintonía en cuestiones como la organización interna, los responsables de la dirección, la base social que las sustentaba y el interés por la promoción de una reforma económica y técnico-científica de carácter renovador. Por todo ello, no resulta extraño que la Congregación de San Ignacio jugara un papel decisivo en la creación de las Comisiones en la Corte de los Amigos del País¹⁸ y que, dado que ya asumía como una de sus responsabilidades principales el apoyo a los naturales de las tres provincias en Indias¹⁹, patrocinara la apertura de la Bascongada al mundo americano. De hecho, el grado de correlación entre las áreas de presencia de Amigos del País en América y las de miembros de la Congregación es elevado. Ante la falta de otro tipo de datos, puede ser estudiada a la luz de la procedencia de las limosnas y donaciones particulares con las que, en el período comprendido entre 1715 y 1790, se financió la Congregación. Dejando a un lado las enviadas por residentes en el País Vasco y la Península, las ayudas procedieron principalmente de Perú; en un estadio de una importancia menor figuran las de México, Buenos Aires-Tucumán, Manila y Chile, y finalmente y con un carácter muy marginal, las de Bogotá y Panamá²⁰.

Para cumplir con esta tarea, la Congregación hubo de servirse de los contactos existentes con otras instituciones similares. A ese respecto, son conocidas las excelentes relaciones que mantuvo con la Congregación de San Fermín de los Navarros (1683) y con la Congregación de Nuestra Señora de Aránzazu de México, que en 1729 había decidido agregarse a ella²¹. Precisamente, en torno a esta última trabajaba el durangués Ambrosio de Meabe, uno de los promotores principales de la expansión de la Bascongada en México.

A consecuencia de estos trabajos conjuntos, el aparato institucional vasco se fortaleció. En 1775, gracias a la mediación del secretario de la Congregación de San Ignacio, a la vez que Amigo del País, Domingo de Marcoleta, ambas instituciones decidieron hermanarse²². Poco tiempo después, en 1783, Peñaflores estudiaba la manera de realizar una unión similar con la Cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, que, sin embargo, nunca llegó a materializarse²³.

El fruto que la Bascongada extrajo de esta expansión fue muy específico. Las aportaciones teóricas de sus miembros americanos fueron muy escasas y marginales —en concreto, ciertas memorias sobre medicina y semillas e informaciones puntuales sobre agricultura e industria—. Por otro lado, resulta difícil atribuirle algún protagonismo concreto en el proceso de creación de las quince Sociedades Económicas o Academias científico-literarias que, según Shafer, fueron fundadas en

América y Filipinas entre 1781 y 1819²⁴. Bien es cierto que algunas de ellas nacieron en territorios donde está probada la presencia de los Amigos del País: Manila (1781-1787), Santiago de Cuba (1787-1792), Lima (bajo la forma de Sociedad Académica, 1791-1794), La Habana (1791 —en activo actualmente—), Guatemala (1794-1800 y 1810-1821), Bogotá (1801), Caracas (1810) y Buenos Aires (1812). Sin embargo, su dirección no redactó planes concretos para el desarrollo económico y cultural de las colonias; su programa de «ilustración» (en relación con la promoción de experiencias, escritos, instrucciones, ayudas a la inversión y premios) ignoró la realidad colonial²⁵ y, finalmente, tampoco organizó ninguna estructura propia en ellas, a excepción de la red de comisionados y vicerrecaudadores, integrada por los responsables de percibir las contribuciones de los socios²⁶. Aunque la experiencia de la Bascongada fuera sobradamente conocida y en la fundación de alguna de esas sociedades se constate la participación de sus socios, la lentitud y tardanza del proceso, el hecho de que se desarrollara después de la difusión de los dos *Discursos* del conde de Campomanes (1774-1775) y además en el período de languidez y decadencia del movimiento de los Amigos del País, invitan a pensar que fue realizado con absoluta autonomía con respecto a la institución pionera del movimiento en la Península²⁷.

Así pues, la aportación más relevante de los socios residentes en las colonias se ciñó al ámbito de la financiación de la Sociedad. Por todo ello, no resulta extraño que Peñaflores, en el marco de la campaña de propaganda destinada a recaudar fondos para el Real Seminario Patriótico, reconociera públicamente la deuda que, en el ámbito económico, la institución había contraído con ellos:

«Los progresos fueron como tal vez no se esperaban, pues comunicado el calor patriótico de provincia en provincia y llegado a Cádiz, sin que sirviese de obstáculo a su actividad el inmenso Océano, cundió en breve tiempo los vastos continentes de ambas Américas. Las suscripciones (y) las dádivas correspondieron al buen concepto que formó desde luego el iluminado celo de los patriotas.»²⁸

Precisamente, la corte y América fueron los centros de atención fundamentales de esta campaña de propaganda. El programa de renovación docente que se organizó en torno al centro docente de Bergara introducía la noción de especialización técnica y profesional y apuntaba a la formación de especialistas y cuadros para el sector privado y la función pública. Por ello, hubo de interesar a los Amigos del País americanos, entre los que existían numerosas personalidades con responsabilidades en el aparato administrativo e institucional de los virreinos y en el mundo industrial-mínero-comercial allí existente, tal y como ponen en evidencia las propias listas de la Bascongada. El Seminario fue, en parte, erigido gracias a sus contribuciones. Estas fueron canalizadas a través de la campaña de carácter extraordinario para recaudar fondos promovida por ellos mismos, bajo el amparo de la dirección de la Bascongada²⁹. Así, entre 1774 y 1790 los Amigos del País residentes en colonias le enviaron una cifra superior a 1.100.000 reales, mientras que esa campaña permitió recaudar en México y únicamente durante el curso de 1777, 280.000 reales, que se impusie-

ron en la Real Congregación de Aránzazu. Lógicamente con ello, el centro docente dejó también sus puertas abiertas a los familiares de los Amigos del País americanos³⁰.

No obstante, en este tema crucial de las contribuciones económicas no todas las plazas tuvieron la misma importancia; tan sólo fueron auténticamente significativas México (en el conjunto de su territorio), Perú (Lima) y, con gran diferencia y por este orden: La Habana, Chile, Manila y Popayán, Caracas y Buenos Aires³¹.

Con el apoyo económico que prestaron para la creación del Seminario, los Amigos del País americanos alcanzaron su grado máximo de protagonismo, lo que no contradice el hecho de que a lo largo de la década de los años ochenta la pérdida del contacto con la Sociedad matriz resultara una evidencia cada vez mayor.

Esta disolución de los lazos fue, además del resultado de una coyuntura internacional adversa (las guerras con Inglaterra de 1778-1783 y 1796-1802), una consecuencia lógica de la dinámica a la que condujo el propio proceso de apertura. A pesar de la trascendencia que había tenido como factor financiador de las actividades de la Bascongada, éste se convirtió, con el paso del tiempo, en un elemento desestabilizador de sus estructuras internas: en las últimas listas de socios publicadas, los miembros americanos se contaban por varios cientos: en algunos años, poseían un peso relativo cercana a la mitad del total de componentes³²; las capitales coloniales (México, Lima, La Habana y Manila, por este orden de importancia) disputaron la hegemonía en el número de Amigos del País a las ciudades peninsulares con «Cajas de Correspondencia» (Madrid, Cádiz y Sevilla), y ambos grupos poseyeron listas más numerosas que las de los residentes en los principales núcleos demográficos del País Vasco (Bilbao, Vitoria, San Sebastián y Pamplona); finalmente, durante la década de los años setenta habían aportado a las arcas de la Sociedad cantidades aproximadas al 40 por 100 del total de los fondos recaudados en concepto de contribuciones. Estos datos son indicativos de que los fondos económicos se encontraron a mucha distancia del lugar donde hubieron de ser empleados y su gestión resultó un trabajo cada vez más costoso para el reducido núcleo de socios que en la práctica llevó la dirección corriente de la institución.

Igualmente, las relaciones con América se resintieron de la suerte que corrió el programa original de la Bascongada. A comienzos de los años ochenta, a consecuencia del fracaso de la reforma económica y de la irresolución de los conflictos relativos a la participación de los puertos vascos en el programa del «libre comercio» (1778) y al cerco arancelario sobre los productos vascos dictaminado por la administración del Estado (1779 y sigs.), el apoyo que ésta había venido recibiendo de los núcleos e instituciones comerciales, por un lado, y de los organismos forales, por otro lado, comenzó a debilitarse. Con ello lo hizo la red de contactos y de apoyos institucionales sobre la que se había consumado su apertura hacia América. Esta pérdida de influencia se consumó durante el período posterior a los críticos años de la guerra de la Convención (1793-1794), cuando los Amigos del

- 102 País intentaron en diversas ocasiones restablecer los contactos con sus compañeros americanos; pero ya no dispusieron de la misma capacidad de convocatoria, influencia e integración que en las épocas pasadas, por lo que los esfuerzos resultaron baldíos. La imposibilidad por volver a dotarse de capitales vía América constituyó un factor agravador de la crisis a la que la institución hubo de hacer frente entre 1796 y 1808, y que ya no consiguió remontar.

NOTAS

1. Nicolás de Soraluze y Zubizarreta: *Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Sus antecedentes y otros sucesos con ella relacionados*. Establecimiento Tipográfico de Juan Osés, San Sebastián, 1880, págs. 34, 41-42, 46-47 y 56-57; Julián de Pastor Rodríguez: *Iruracbat. «La Sociedad Vascongada de los Amigos del País debe su origen al amor de la Patria»*. Vitoria, 1896, págs. 42-44 y 67-68.
2. El juicio de Basterra está recogido en *Una empresa del siglo XVIII. Los navíos de la Ilustración*. Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y su influencia en los destinos de América, Imprenta Bolívar, Caracas, 1925, pág. 190. La reseña crítica de Julio de Urquijo a este libro vio la luz en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XVII, 1928.
3. Antonio Elorza: «La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Ilustración española», en *Cuadernos hispanoamericanos*, 185, mayo 1965, pág. 327.
4. Robert Jones Shafer: *The Economic Societies in the Spanish World (1763-1821)*. Syracuse University Press, 1958, págs. 44-47 y 119.
5. La idea constituye una de las líneas rectoras de la tesis doctoral que hemos realizado bajo la dirección de Ernest Lluch con el título de *Pensamiento económico y reforma ilustrada de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (1760-1793)* (Universidad de Deusto, 1991, 2.001 folios).
6. *Estatutos de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, según el acuerdo de sus Juntas de Vitoria por Abril de 1765*, Lorenzo José de Riesgo, San Sebastián, pág. 1.
7. *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Año 1766. Dedicado al Rey N. Señor*, Tomás de Robles, Vitoria, 1768, pág. 187.
8. *Loc. cit.*
9. José Ignacio Tellechea Idígoras: *La Ilustración vasca. Cartas de Xavier María de Munibe, Conde de Peñafloreda, a Pedro Jacinto de Álava*, carta número 104, Vitoria, 1987, pág. 106.
10. *Plan de la Colección de Estatutos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, según el acuerdo de sus Juntas Generales, celebradas en la Villa de Bergara por noviembre de 1770*, Tomás de Robles y Navarro, Vitoria, s.a. (1771).
11. Para esa fecha ya existían Amigos del País en Perú, Manila, Buenos Aires, La Habana y México.
12. *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Ciudad de Vitoria por setiembre de 1777*, Tomás de Robles y Navarro, Vitoria, Introducción, s.a., página XXXIX.
13. José Ignacio Tellechea Idígoras, *op. cit.*, pág. 242; carta núm. 278.
14. Así lo reconoció la propia Sociedad en los *Extractos de 1777*, Introducción, págs. XXIII-XXIV.
15. *Estatutos aprobados por S. M. para gobierno de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, Tomás de Robles, Vitoria, s.a., págs. 50-51.
16. Julio de Urquijo, *op. cit.*, págs. 131-132.

17. *Noticias del Origen, Fundación, Objeto y Constituciones de la Real Congregación de Naturales y Originarios de las tres Provincias Vascongadas establecida bajo la advocación del glorioso San Ignacio de Loyola*. Tipografía de los hijos de M. G. Hernández, Madrid, 1846, pág. 134.
18. Jesús Astigarraga Goenaga: *Pensamiento económico y reforma ilustrada...*, fs. 331-337.
19. *Constituciones de la Real Congregación Nacional de Hijos, y Originarios de las tres Muy Nobles, y Muy Leales Provincias de Cantabria*, Madrid, 1746, n. VII.
20. *Noticias del Origen, Fundación...*, págs. 59-50.
21. Gonzalo Obregón: *El Real Colegio de San Ignacio de México (Las Vizcainas)*, El Colegio de México, México, 1949, pág. 25.
22. *Extractos, 1777*, Introducción, pág. LV.
23. José Ignacio Tellechea Idigoras, *op. cit.*, págs. 620 y 622-623; cartas números 809 y 812.
24. La red de vicerrecaudadores y comisionados se extendió a México, Cuba (La Habana), Chile, Argentina (Buenos Aires y Tucumán), Perú (Lima) y Filipinas (Manila).
25. Robert Jones Shafer, *op. cit.*, parte 2.
26. Cuando ocasionalmente lo hizo, tenía por objetivo responder a una problemática económica surgida en la metrópoli. Este es el caso de los dos premios que convocó en la Junta General de 1778. Su finalidad era estudiar los beneficios económicos que cabría esperar del Decreto sobre el «libre comercio» con América de octubre de 1778 y los factores para la inclusión en el mismo de los puertos vascos.
27. Shafer considera que el modelo que sirvió de inspiración para la formación de las sociedades económicas americanas no fue el de la Bascongada, sino el de Campomanes y la Sociedad Matritense (*op. cit.*, pág. 346).
28. *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Bilbao por setiembre de 1775*, Tomás de Robles y Navarro, Vitoria, págs. 162-163.
29. *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Bilbao por setiembre de 1778*, Tomás de Robles y Navarro, Vitoria, págs. 132-141.
30. Según datos aportados por Julián Martínez Ruiz («Filiación de los Seminaristas del Real Seminario Patriótico Bascongado y de Nobles de Vergara», en *Las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País y su obra*, Gráficas Izarra, San Sebastián, 1972, págs. 73-82), un tercio aproximadamente de los 429 estudiantes matriculadas en el Seminario de Bergara durante el período comprendido entre 1775 y 1794 procedieron de América, siendo dominante la presencia de cubanos, mexicanos, argentinos y peruanos, por este orden.
31. *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Bilbao, por julio de 1790*. Baltasar de Manteli, Vitoria, págs. 17-21.
32. Así, por ejemplo, en el catálogo de socios publicado en el último de los *Extractos*, correspondiente a las Juntas Generales celebradas en 1793, los socios americanos y filipinos superaban ligeramente el 40 por 100 de los miembros totales de la institución.